

Antonio Cisneros

Último adiós al poeta

Hernán Lavín Cerda

El escritor peruano Antonio Cisneros, recientemente fallecido, es una de las voces más sobresalientes de la poesía latinoamericana. Hernán Lavín Cerda recuerda con sincera emotividad sus encuentros con el autor del Canto ceremonial contra un oso hormiguero.

Alguien me habla desde Lima, allá en Perú, para darme la triste noticia de que acaba de morir el poeta y amigo Antonio Cisneros. Otra víctima más del tabaco y de lo imponderable. Pero cómo, digo a media voz, si estuvimos con él durante el Encuentro de Poetas del Mundo Latino en el 2009, allá en Morelia, Michoacán, y luego en Aguascalientes. Aquella reunión internacional estuvo dedicada precisamente al poeta peruano Antonio Cisneros. Nuestra última y larga conversación fue durante el viaje en microbús que nos llevó desde Morelia a la ciudad de Aguascalientes. Allí hablamos de este mundo y del otro. Le recordé que a fines de 1968 o principios de 1969 llegó una tarde a mi casa de la calle Asunción 221, en Santiago de Chile, junto al célebre poeta y maestro Enrique Lihn. Cisneros había obtenido en 1968 el Premio de Poesía de la Casa de las Américas, en La Habana, y su estupendo libro *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* se publicó ese mismo año con un tiraje de diez mil ejemplares. Recordemos que Enrique Lihn, en 1966, obtuvo el mismo premio con su obra no menos importante para el desarrollo del ejercicio poético en lengua hispana; me refiero al volumen *Poesía de paso*. Digamos que dos notables poetas de Hispanoa-

mérica escribieron en las solapas de aquellos libros. En el de Lihn aparece la presentación de José Emilio Pacheco, quien fue miembro del jurado calificador junto a Jorge Zalamea, Pablo Armando Fernández y Gonzalo Rojas. Y en el volumen de Cisneros, la presentación es de Fayad Jamís, quien formó parte del jurado, además de León de Greiff, Claribel Alegría, Juvencio Valle y Jorge Enrique Adoum.

Vuelvo a ese atardecer en nuestra casa de Asunción, no muy lejos del cerro San Cristóbal. Antonio Cisneros aparece con un saco de terciopelo negro; la cabellera es larga y la figura delgadísima. Enrique Lihn nos lleva por lo menos una década de ¿ventaja? en cuanto a la edad. Había nacido en 1929. Recuerdo que hablamos del todo y de la nada. El contexto cultural y político no sólo de Chile, la Casa de las Américas en La Habana, la posibilidad de que Salvador Allende llegara a la presidencia de la República, el pensamiento y la praxis del Che Guevara, los movimientos populares en algunas regiones del continente, las nuevas líneas en el campo de la narrativa, el ensayo y la poesía latinoamericanas, los sucesos de México, Pablo Neruda, sin olvidarnos de Rubén Darío, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Vicente Hui-



Antonio Cisneros

dobro, Pablo de Rokha, César Vallejo, Nicanor Parra, Octavio Paz, Ernesto Cardenal, Gonzalo Rojas. Y algunos de lengua inglesa, como es obvio: Walt Whitman, Ezra Pound, T. S. Eliot y los *beatniks* de Estados Unidos: Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti. En fin. Muchos temas, algunas copas de vino tinto, algo de queso, galletas agritudulces y más temas que se abrían como en un abanico inagotable.

En la solapa del volumen *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*, el inolvidable poeta Fayad Jamís escribe con precisión:

Viejas crónicas o leyendas se convierten en materia viva y actual, y asuntos de nuestros días aparecen rodeados del aire de otros tiempos. Se trata de una poesía expresada por un lenguaje que aparentemente no corre los riesgos de la improvisación y cuya “espontaneidad” parece ser el resultado de una cuidadosa elaboración. La palabra de Cisneros trabaja con una fruición que llamaríamos artesanal, y que se nos antoja muy dentro del espíritu de tradiciones peruanas. Nos comunica un humor entre tierno y corrosivo, y la alegría de estar en el mundo. Con este hermoso libro escrito en versos largos y solemnes en los

que no falta la expresión coloquial, directa y familiar, Cisneros se reafirma a la vanguardia de la más joven poesía de nuestra América.

El poeta había nacido en Lima en 1942. Estudió literatura en la prestigiosa Universidad de San Marcos, donde también ejerció la cátedra. En sus años de juventud fue colaborador de *Amaru*, revista de artes y ciencias, de la Universidad Nacional de Ingeniería, que en aquel entonces dirigía el poeta Emilio Adolfo Westphalen, quien fue durante años un diplomático muy reconocido en México. Los corresponsales eran André Coyné, Álvaro Mutis, José Emilio Pacheco, Mario Vargas Llosa y Carlos Martínez Moreno. En ese instante, aún transcurre el año de 1969.

Conviene recordar aquel texto con el cual se abre su libro *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. Se titula “Karl Marx, died 1883, aged 65”. Dice en versos libres que lo aproximan al poema en prosa: “Todavía estoy a tiempo de recordar la casa de mi tía abuela y ese par de grabados: / ‘Un caballero en la casa del sastre’, ‘Gran desfile militar en Viena, 1902’. / Días en que ya nada malo podía ocurrir. Todos llevaban su pata de conejo atada a la cintura. / También mi tía abuela —20 años y el sombrero de paja bajo el sol, preocupándose apenas / por mantener la boca, las piernas bien cerradas. / Eran los hombres de buena voluntad y las orejas limpias. / Sólo en el music-hall los anarquistas, locos barbados y envueltos en bufandas. / Qué otoños, qué veranos. / Eiffel hizo una torre que decía ‘hasta aquí llegó el hombre’. Otro grabado: / ‘Virtud y amor y celo protegiendo a las buenas familias’. / Y eso que el viejo Marx aún no cumplía los 20 años de edad bajo esta yerba gorda y erizada, conveniente a los campos de golf. / Las coronas de flores y el cajón tuvieron tres descansos al pie de la colina / y después fue enterrado / junto a la tumba de Molly Redgrove ‘bombardeada por el enemigo en 1940 y vuelta a construir’. / Ah el viejo Karl moliendo y derritiendo en la marmita los diversos metales / mientras sus hijos saltaban de las torres de Spiegel a las islas de Times / y su mujer hervía las cebollas y la cosa no iba y después sí y entonces / vino lo de Plaza Vendome y eso de Lenin y el montón de revueltas y entonces / las damas temieron algo más que una mano en las nalgas y los caballeros pudieron sospechar / que la locomotora a vapor ya no era más el rostro de la felicidad universal. // Así fue, y estoy en deuda contigo, viejo aguafiestas”.

Ahora vuelvo a ese viaje por carretera desde Morelia hacia Aguascalientes. Antonio Cisneros recuerda de improviso a Enrique Lihn y me dice:

Algo le pasó a Enrique porque se fue poniendo muy seco y enojón. Casi no se reía. Un poco dramático, tal vez, aunque su escritura poética logra a menudo aciertos involi-

dables. Sobre todo esa capacidad tan suya para crear atmósferas a través de versos que van y vienen. La memoria más o menos empavonada que surge desde uno de sus libros fundamentales para la poesía en nuestro idioma. Me refiero a *La pieza oscura*, que es de 1963. El prólogo de Jorge Elliott a ese libro es revelador. ¿Sabes algo de aquel Elliott?

No, le dije a media voz, la verdad es que no sé qué habrá sido de aquel Elliott con doble ele y doble te. Pero no olviden, oh mis fieles e infieles lectores, que sigo habitando como un fantasma mi biblioteca y puedo reproducir algunas líneas de aquel prólogo: “La gran magia de la poesía de Enrique Lihn reside para mí, su lector, no tanto en la ‘música de sus ideas’ como en el murmullo subterráneo, subjetivo, subsexo, subansia que la recorre”. Y algunas líneas después: “Schopenhauer decía: ‘La música nunca expresa los fenómenos, sólo el ser interior, la esencia de los fenómenos’, y la poesía hace lo mismo, no cuando intenta ser música, un campanilleo de palabras plateadas, sino cuando sus imágenes surgen en oleadas y nos acosan en la sangre misma”. Puede afirmarse, sin temor a equívoco, que las palabras de Elliott sobre Enrique Lihn también se pueden aplicar a la obra poética de Antonio Cisneros. Lo cierto es que estos dos artistas del idioma español de Latinoamérica se han mestizado con la poesía anglosajona. En ambos aparecen los ecos de Ezra Pound y de T. S. Eliot.

Peter Elmore, nacido en Perú en 1960, y que además de ser novelista y crítico ejerce la docencia en la Universidad de Colorado, señala en el prólogo a la *Antología poética* de Antonio Cisneros, publicada en julio de 2012 por el Fondo de Cultura Económica, México, en su nueva colección aulaatlántica, coordinada por Julio Ortega, que la obra del artista recientemente fallecido está muy cerca de la órbita del altomodernismo anglosajón.

Es perceptible en ella el estímulo de una lectura imaginativa y perspicaz de Ezra Pound y T.S. Eliot; tampoco es azaroso el aire de familia que *Como higuera en campo de golf*, por ejemplo, comparte con cierta poesía *beatnik*—no me refiero sobre todo a Allen Ginsberg sino, más bien, a Corso y Ferlinghetti—. En el contexto hispanoamericano, se le puede vincular a Nicanor Parra, Ernesto Cardenal, Enrique Lihn y José Emilio Pacheco, entre otros. En todo caso, la apertura a la tradición moderna angloamericana es un rasgo común entre varios de los poetas de la llamada Generación del 60 en el Perú, desde Rodolfo Hinostroza a Luis Hernández, sin olvidar a Javier Heraud, Marco Martos o Mirko Lauer; se trata de un dato reconocido asiduamente por la crítica y por los mismos creadores, aunque a veces se pierda de vista que el *élan* cosmopolita y las lecturas compartidas de los poetas no condujeron a una ortodoxia generacional [...] En T. S. Eliot, Ezra Pound

y, particularmente, en Bertolt Brecht, halló Cisneros pistas y propuestas que habría de incorporar a su escritura: el monólogo dramático le permitió franquear los límites de un yo confesional y autobiográfico para, desde el ejercicio verbal, explorar no solamente la expresión de vidas ajenas e imaginar la circunstancia de los otros, sino también —y esto resulta, a la larga, lo más significativo— para elaborar en su obra versiones y visiones de su propia identidad. Así, el acto de enunciar y la naturaleza del enunciador se ponen de relieve en una poesía que, en vez de ofrecer el perfil confidencial de un ego aislado, postula a través de su despliegue de máscaras el carácter problemático y paradójico del sujeto. En la poética de Cisneros, la subjetividad no es una esencia única que la palabra lírica descubre, sino una posición en un inquieto campo de fuerzas donde litigan y se encuentran lo singular y lo plural, el pasado y el presente, lo público y lo privado, lo masculino y lo femenino. A la larga, las permutaciones del discurso, los vaivenes y desplazamientos de las voces, permiten definir la imagen del poeta: la variedad cifra la identidad.

Al fondo aparecen algunos espejos de agua, mientras el autobús no deja de avanzar hacia Aguascalientes. Le pregunto sobre algunos poetas del Perú. Muchos ya no están en este mundo. Otros continúan adelante. Yo viví en Lima durante varios meses, cuando tenía diez años de edad, y estudié en el Liceo San Agustín. Mis padres pensaban establecerse en Lima, pero no fue posible. Tengo recuerdos de Jirón de la Unión, de aquellos barrios de antaño con esos magníficos balcones de madera labrada, de la Perricholi, del Palacio de Gobierno, del barrio de los chinos, de Miraflores, del puerto El Callao, en fin, de tantas cosas, y de aquellas bailarinas, sí, Las Mulatas de Fuego, que venían de Cuba y volvían loco a mi padre con las molestias de mi madre, como es obvio; unas molestias que nunca supe si eran tan reales como parecían serlo. Antonio Cisneros me escucha con atención y al fin me dice: “Si fueras hoy por allí no la reconocerías. Sin cambiar en su esencia, Lima se ha transformado. Creció mucho, como todas las ciudades. Yo vivo en un departamento de un edificio de cierta altura, y desde arriba puedo ver el mar. Eso me tranquiliza. Dirijo algo así como la Casa de la Cultura de la ciudad y me siento muy bien. Hemos llegado a la época de los nietos. No puedo negar que me ha ido bien con mi poesía: la reconocen, la traducen y la estudian dentro y fuera del Perú. Supe que llevas ya muchos años en México y que te ha ido bien”. Así es, por fortuna. Soy maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde hace casi cuarenta años. Ay, no me preguntes cómo pasa el tiempo, para decirlo al modo de nuestro querido José Emilio. Ya llevamos más años viviendo en México que los que alcanzamos a vivir en Chile. “Me da gusto que así sea, qué bueno”, dice observando el vuelo en círculo de

algunas aves a lo lejos. “La verdad es que uno debe permanecer allí donde lo respetan, lo valoran y lo quieren”, vuelve a decir sin despegar la vista del círculo de aquellas aves, mientras el pequeño autobús del color de la concha de un ostión continúa avanzando sobre la carretera.

De improviso es nuestra memoria la que toma el control. Reaparecemos como fantasmas en aquel hermoso teatro de Morelia, y Antonio Cisneros sube al escenario y nos lee el tercer movimiento, *affettuoso*, de su texto “Una muchacha católica toca la flauta” (Telemann, Sonata en Re menor, 1740, para el caso). “Para hacer el amor / debe evitarse un sol muy fuerte sobre los ojos de la muchacha, / tampoco es buena la sombra si el lomo del amante se achicharra / para hacer el amor. / Los pastos húmedos son mejores que los pastos amarillos / pero la arena gruesa es mejor todavía. / Ni junto a las colinas porque el suelo es rocoso ni cerca de las aguas. / Poco reino es la cama para este buen amor. / Limpios los cuerpos han de ser como una gran pradera: / que ningún valle o monte quede oculto y los amantes / podrán holgarse en todos sus caminos. / La oscuridad no guarda el buen amor. / El cielo debe ser azul y amable, limpio y redondo como un techo / y entonces / la muchacha no verá el Dedo de Dios. / Los cuerpos discretos pero nunca en reposo, / los pulmones abiertos, / las frases cortas. / Es difícil hacer el amor pero se aprende”.

Luego de los aplausos del público, el poeta lee (aunque no ocurrió así, como tal vez hubiese dicho Macedonio Fernández, quien nos espía desde el siglo pasado)

su poema “La araña cuelga demasiado lejos de la tierra”, que aparece en su libro *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*: “La araña cuelga demasiado lejos de la tierra, / tiene ocho patas peludas y rápidas como las mías / y tiene mal humor y puede ser grosera como yo / y tiene un sexo y una hembra —o macho, es difícil / saberlo en las arañas— y dos o tres amigos, / desde hace algunos años / almuerza todo lo que se enreda en su tela / y su apetito es casi como el mío, aunque yo pelo / los animales antes de morderlos y soy desordenado, / la araña cuelga demasiado lejos de la tierra / y ha de morir en su redonda casa de saliva / y yo cuelgo demasiado lejos de la tierra / pero eso me preocupa: quisiera caminar alegremente / unos cuantos kilómetros sobre los gordos pastos / antes de que me entierren, / y ésta será mi habilidad”.

Alguien me habla desde Lima, allá en Perú, casi al fondo de Latinoamérica, no muy lejos de Chile, para darme la triste noticia de que acaba de morir el poeta y amigo Antonio Cisneros. No es posible, digo apenas, sin saber muy bien lo que dicen, tartamudeando, mis palabras. Y estoy a punto de repetir lo que habitualmente digo, aunque me muerdo la punta de la lengua y no digo nada. Lo que iba a decir es lo mismo de siempre. Pido disculpas por este lugar común, ahora y en la hora, pero no se me ocurre nada más que lo siguiente:

—¿Cómo es posible que me hablen para esto? Permítanme desmentir públicamente la noticia: Los poetas no mueren. Únicamente resucitan. ¿Está claro, entonces, más claro que el rumor del agua? **u**

